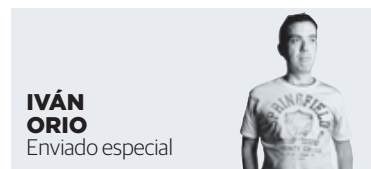




«Pase el que pase, que sea campeón»

Cuatro 'pericos' de pura raza debaten sobre el Espanyol en la sede de una de sus peñas más emblemáticas



IVÁN ORÍO
Enviado especial

✉ iorio@elcorreo.com

BARCELONA. «Si se jugara la final de Copa en el Nou Camp y se la ganáramos al Barça yo cerraría la persiana del Espanyol porque el objetivo estaría cumplido». Lo afirma con rotundidad Nacho Julià, fundador de La Curva, en la grada de animación del estadio de Cornellà, y autor del libro 'Yo, minoría absoluta', un retrato personal de los entresijos del equipo catalán. «Pues a mí no me gustaría una final así. Si ganara el Barcelona el eco mediático sería insoportable», le replica Jordi Llopis, vicepresidente de la Gran Peña Espanyolista Manigua, la segunda más antigua del club blanquiazul (se fundó en 1955) y la más activa. EL CORREO les citó el lunes en la sede de esta agrupación, ubicada en la calle Rosselló, cerca de la Sagrada Familia, junto al escritor y tertuliano habitual Sergio Fidalgo y el presidente de la peña, Daniel Bosch. Los cuatro, 'pericos' de pura raza, debatieron sobre su equipo y hablaron de la semifinal contra el Athletic. Y concluyeron: «Pase el que pase que sea campeón».

El diálogo es ágil y fluido, con saltos permanentes en el tiempo y también en los asuntos que se tratan. Estos cambios y la vehemencia con la que algunos de ellos defienden sus argumentos convierten en una misión imposible establecer un mínimo guión, así que lo mejor es dejarles que conversen a sus anchas, como si no hubiera testigos. Y funciona. La mesa redonda se convierte con el paso de los minutos en una reunión de amigos en la que se discute de lo humano y lo divino sobre un club que sobrevive a la interminable sombra del Barcelona, una entidad que lo fagocita todo con un hambre voraz en Cataluña.

Convencidos de que se mueven en tierra hostil y de que no se les trata con la «justicia» que merecen, los aficionados del Espanyol ven en la presente edición del torneo del k.o. otra gran oportunidad para reivindicarse y gritar que su equipo también existe. «Hay una ilusión brutal. La sensación es que tenemos la final en la mano, quizás el año que menos lo esperábamos», resume Fidalgo, convencido de que se preparará algo especial para el choque de vuelta si el resultado obtenido en Bilbao invita al optimismo.



Quando evocan el pasado reciente, coinciden en que el «desierto» de los últimos ocho años ha sido interminable. El Espanyol se proclamó campeón de la Copa del Rey en 2006 al golear al Zaragoza en el partido decisivo (4-1) y en 2007 disputó la final de la Europa League de Glasgow frente al Sevilla, que perdió en la tan-

da de penaltis (Gorka Iraizoz defendía la portería del Espanyol aquel día). Pero desde entonces, silencio.

Y si el silencio es difícil de asimilar para los seguidores de cualquier equipo, en su caso resulta más complicado porque el eco del vecino malavenido es atronador y constante. En la televisión, en la radio, en los

periódicos, en carteles callejeros, en las declaraciones institucionales... Un día tras otro. Esta semana es algo diferente porque los 'pericos' están a un solo paso de meterse en otra final. El club necesita un hito de ese calibre para enganchar a las nuevas generaciones y frenar la caída del número de abonados, que según las

últimas estimaciones ha bajado de 33.000 a 24.000 por el demolidor golpeo de la crisis.

Los cuatro contertulios sostienen que la eliminatoria es «muy abierta» y conciden al nombrar al que consideran el enemigo público número uno de los rojiblancos por el daño que les puede hacer en los dos